

Los incrédulos se jactan de tener por única religión el hacer bien, y ni hacen el bien ni tienen dogma. En el sacerdocio católico romano se cumple ese ideal comenzando por la fé y acabando y reposando en la caridad.

#### CAPITULO VI.

*Cómo es santa la religión católica romana.—Observaciones importantes.*

Cuando á la religión verdadera se la distingue y señala con el atributo de Santa, se dice una verdad y se asigna un criterio con que encontrar, entre tantas religiones como ofrece la Historia, la obra de Dios.

Pero cuando esa verdad se hace servir á la práctica, y el criterio se hace servir al juicio, encontramos mal aplicado el principio y sirviendo al error ese criterio de verdad; de donde resulta que una señal tan clara para distinguir la obra divina, la verdadera Iglesia, se convierte en escándalos y en sombras, en perjuicio de los

hombres que de buena fé buscan la verdad y el bien.

Por eso queremos en este capítulo rectificar ciertos falsos conceptos y mostrar la falsedad de ciertos supuestos que en esta materia pasan por verdades; y tambien queremos llevar más allá de lo que se acostumbra, la investigacion de las consecuencias que emanan de la Santidad de nuestra religion.

Quando se asigna como nota de la verdadera religion el que sea santa, no querais que deba obligársela á presentar un santo en cada uno de sus creyentes. Todos los cristianos ortodoxos y sectarios estamos de acuerdo en llamar y en creer santa en su tiempo á la religion de la Sinagoga, sin exigir por esto el que todos los judíos hubiesen sido santos. Todos los deistas y racionalistas están de acuerdo en encontrar santa su religion, sin necesidad de que á su manera sean santos los deistas y los racionalistas todos. Todos los creyentes, politeistas y mahometanos, admiten ó suponen igual principio, igual aplicacion.

Quando busqueis las señales de la religion más excelente, es decir, de la verdadera, porque sea la santa por excelencia, no teneis derecho á exigir la excelencia numérica de sus santos sino

la excelencia de la calidad de sus santos. Quando afirmamos que en la Italia se encuentra el verdadero arte de la pintura, no afirmamos esto porque se suponga que todos sus pintores sean excelentes, sino porque allí se encuentran pintores excelentes, los mejores pintores. Quando busqueis, pues, la religion más santa, no querais dejar de encontrar entre sus creyentes muchos hombres malos. Santa será siempre, y la verdadera, la religion que os presente los mejores santos, aunque entre sus fieles encontréis muchos hombres malos y aún muy malos; así como la Italia será siempre el país del arte verdadero de la pintura, con tal que os presente los mejores pintores del mundo, aunque entre sus pintores encontréis muchos pintores malos y aún pésimos pintores.

Hé aquí, pues, rectificado un aspecto que generalmente se equivoca, equivocacion que tiene á muchos léjos de la religion católica romana, pues que oyendo ponderar su santidad y sus santos, oyen no ménos ponderar la maldad de sus malos.

Preguntad, pues, si entre los católicos se encuentran santos, y santos de santidad más excelente que en cualquiera otra religion, y ya veréis cómo os abruma el peso de tantos y extraor-

dinarios frutos que en ese país encontraréis, bien así como á los exploradores de Judá abrumaba el peso de un solo racimo de uvas de las vides de la tierra prometida. En esa religion encontraréis catálogos de santos de toda suerte de santidad, bien así como en los pueblos de la Grecia y de Roma paganas, encontraréis catálogos de héroes de toda suerte de heroismo. Y esa santidad no creais que sea de la cuestionable, es decir, santidad por su ortodoxia, sino santidad en que todo el Universo está de acuerdo, cual es la práctica de las más encumbradas virtudes, como es la humildad, la pobreza, la castidad y la caridad; la mortificacion, la mansedumbre y la paciencia.

¿Para qué tomar nota de tantos santos como pueden citarse, prodigios de cada una y de muchas de esas virtudes? ¿Quién tan humilde y tan voluntariamente pobre como Francisco de Asis, tan casto como Luis de Gonzaga, tan caritativo como Vicente de Paul y Juan de Dios, tan paciente y manso como Francisco de Sales, tan mortificado como Pedro de Alcántara? ¿Hay comparacion entre los *santos* del protestantismo y los santos del catolicismo que han florecido del protestantismo acá? ¿Dónde están esos prodigios de humildad, de paciencia, de caridad, de

pobreza y de castidad? No los hay ni áun fingidos; el protestantismo no tiene santoral ni vidas de Santos, ni podrá formar el santoral porque faltan los nombres, ni escribir las vidas porque faltan los hechos.

Pero, más debemos decir. Si entre los católicos, los cuales tienen la religion verdadera, hay creyentes malos, tambien entre ellos deben encontrarse los hombres más perversos del mundo, y estos católicos perversos por excelencia, en contraste con católicos santos por excelencia, acaban de convencer de la gran santidad de nuestra religion.

Esto es lo más lógico y natural en el orden moral, lo mismo que en el orden físico. Allí donde encontraréis los más delicados frutos, las más saludables plantas, los más hermosos animales, los mejores dones de la Naturaleza física, encontraréis el contraste de los frutos más venenosos, de las plantas más dañosas, de los más deformes animales, las peores plagas de la Naturaleza física. Lo mismo en el orden moral: allí donde vivan los más ricos estarán los más pobres; donde los más poderosos, los más desvalidos; donde los más sabios, los más ignorantes; donde los más cultos, los más bárbaros; donde los más civilizados, los más inciviles. Allí,

pues, donde esté el mayor amor estarán los más ingratos; donde estén los mayores dones, estarán los más pobres de virtud; donde esten los más buenos, estarán los más malos; donde los más santos, allí los más perversos. *Corruptio optimi pessima.*

En el pueblo de Dios se vieron abominaciones como no se vieron en Sodoma ni en Gomorra: el pecado del becerro de oro á la vista del milagro del Sinai, es increíble por su atrocidad; el pecado de los murmuradores que se cansaron del pan milagroso, del maná del desierto y echaron ménos las cebollas de Egipto, es de la más ingrata impiedad; el pecado de los benjamitas de Gabáa contra el levita y su mujer, tortura y despedaza el alma del lector, y no es comparable al pecado de los sodomitas cuando los ángeles buscaban á Loth; reinas como Jezabel y Athalia no se vieron tan perversas entre los gentiles. Y, no obstante ¿quién no encuentra santa entre todas las religiones que precedieron á la cristiana, á esa religion que produjo á un Moisés, á un Job, á un David, á un Ezequías, á una Esther, á un Jeremias, á un Isaías, á un Juan Bautista, un José castísimo, manso y humilde, á una María madre de Jesus hijo de Dios vivo?

Al lado de los santos que brillan ántes del protestantismo, tenemos desde Júdas Iscariote y Simon Mago, execrables nombres y execrables hechos de creyentes que llenan de feos borrones la historia de la Iglesia católica.

Harto tiene de que entristecerse la historia. Ahí están las abominaciones de los gnósticos, los escándalos de los arrianos, nestorianos y eutiquianos, Juliano el apóstata, Constancio, Anastasio, Teodora y Marozía, Dióscoro y Focio, los Valdenses, los Albigenses, los escándalos que precedieron á la aparición del protestantismo, &c.

Del Protestantismo acá, es abominable el nombre de Catalina de Médicis, nueva Athalia, el de Nuño de Guzman y de Alvarado, conquistadores de México, el de Pizarro, verdugo de Atahualpa.

Es abominable la matanza de San Bartolomé. Es abominable Luis XV y su córte y el Duque de Orleans y sus orgías. Muchas abominaciones tiene que deplorar la cristiandad desde sus primeros años hasta el presente.

Y, no obstante eso, ¿quién no encuentra santa sin comparacion, sobre el protestantismo y sobre todas las actuales religiones y las que han competido con la católica desde el tiempo de los

apóstoles, á esa religion que en contraposicion á una Catalina de Médicis produjo á un San Pio V; de esa religion que en contra de Nuño, envía un Vasco de Quiroga, y en vez de Alvarado un Bartolomé de las Casas; que para Pizarro y Almagro suscita á un Pedro de la Gasca, á un Antonio de Mendoza y á un Toribio de Mogrovejo; que en contraposicion á un Luis XV, nos presenta á la princesa Luisa hija del rey, modelo de inocencia y de mortificacion, ídolo de la gran córte, que de las disipaciones de Versalles partió gustosa á encerrarse en el austero asilo del Carmelo; que despues de un Duque de Orleans y de un Luis XV nos ofrece un Luis XVI y esa heróica y amable princesa de Lamballe.

¡Qué valen, pues, contra la santidad excelente de la Iglesia católica, esos contrastes de la maldad de sus creyentes malos! ¡Qué valen esas declamaciones contra los malos, que tienden á oscurecer las alabanzas que son debidas á los buenos! Si ahondáis el abismo en cuyo fondo queden los malos católicos y sus hechos abominables, ¿no quedan más alto los buenos católicos y sus hechos gloriosos?

No os dé, pues, cuidado á los que buscáis la Iglesia verdadera, el descubrir negros borrones

en la historia eclesiástica; si encontrais escoria, tambien encontrareis oro purificado, y purificado siete veces en el fuego de tanta maldad, que miéntras mayor, no hace sino dejarlo más limpio.

Si en el seno de la Iglesia católica encontrais, por tanto, los mayores santos y solo en ella los verdaderamente santos, en eso teneis ya la prueba de su santidad y de su verdad, porque solo la vid que ha planteado el Padre celestial puede dar semejantes frutos.

BIBLIOTECA CENTRAL  
U. A. N. L.

## CAPITULO VII.

*Continuacion del anterior.—Otros caracteres peculiares de la  
Santidad de la Iglesia católica*

En el exordio del capítulo anterior indicamos nuestro intento de llevar las observaciones, sobre la santidad de la Iglesia católica, más allá de lo que sabemos se haya notado. Nosotros queremos que se observen ciertos caracteres peculiares de santidad de nuestra religion, algunos de los cuales son independientes de las intenciones de los que la profesan.

Una religion que es la obra de Dios y que se distingue por los santos que ha producido, debe haber producido fenómenos admirables de obras santas y de santos instintos, debe impri-

mir en todo lo que produzca el pensamiento católico, un sello exclusivamente distintivo de esa religion, y debe dar á la santidad de sus santos algo que la distinga de la santidad de las otras religiones.

Así es, por cierto. Obras santas, exclusivamente católicas en su invencion y en su observancia ó produccion práctica, son todas aquellas que hacen el objeto de multitud de órdenes religiosos. Pensar en ocuparse un hombre, solo por amor á Dios y al prójimo, en redimir cautivos, que no son ni sus deudos, ni amigos, ni paisanos, es invencion católica romana, y hacer de esto una profesion, lo es mucho más. Pensar en auxiliar á los agonizantes, es invencion católica romana, y hacer de esto una profesion gratuita, lo es mucho más. Pensar en hacer una profesion gratuita de aliviar á los enfermos, es invencion católica romana, y llevarlo á cabo lo es mucho más. Y así de tantos institutos y órdenes religiosas que tienen por objeto inventos y profesion de buenas obras cuyo nombre ni se conocia.

Lo mismo es de los extraños instintos que nuestra religion ha producido en los corazones de sus hijos.

Entre los católicos la gloria de las familias es

un hijo ó hija vírgenes. Suspiran los padres por verlos favorecidos con el don eminente de la castidad.

El instinto de la inmortalidad, la sangre fría al borde del sepulcro, que era la maravilla de contados héroes gentiles, es lo más comun entre el pueblo católico; entre la clase pobre vereis aguardar la muerte con resignacion y aún con gozo.

La muerte de un niño bautizado, es un objeto de religiosa alegría entre nuestro pueblo, que ve en un niño difunto un ángel más en el cielo.

La felicidad del martirio es envidiada por todos los católicos, y los santos desde pequeños cuentan entre las ilusiones de su infancia el ansia de morir por Jesucristo.



La conversion de los infieles ó de los protestantes es el anhelo de los católicos, bien así como una apostasía es objeto de su horror; hacer profesion gratuita de convertir infieles, protestantes ó cismáticos, y el llevarlo á efecto, es un invento que los disidentes ni han pensado en imitar, ni podrían, supuesto, su desden por las órdenes religiosas.



Uno de los fenómenos notables de que pueden gloriarse aún las sectas cristianas, fenómeno exclusivo del Cristianismo, que le distingue

de todas las otras religiones, es el carácter de la oracion cristiana. Considerar á Dios como á nuestro padre y pedirle el establecimiento de su reino, el cumplimiento absoluto de su voluntad, el pan de nuestra alma y de nuestro cuerpo, el perdon de nuestros pecados y su auxilio para no pecar, ofreciendo por causa el perdon de nuestros enemigos, es una novedad sublime; la oracion cristiana no sale de ahí; toda la cristiandad, incluyendo en ella á nuestros hermanos los disidentes, eleva al cielo sin cesar esta breve y cumplida oracion, y en este punto están uniformes hombres de todas las naciones de la tierra como si fuesen una sola alma. Esto solo el Cristianismo lo pensó y lo hizo.

La oracion mental es nombre y entidad exclusivamente cristianos: ponerse de sério y expreso á pensar en los beneficios de Dios, en el amor de Dios, en nuestro fin, en el infierno y en el gozo venidero, como quien trata un gravísimo negocio, son novedades propias del Cristianismo, y que solo en el catolicismo, como legítimo Cristianismo, tienen forma cumplida en instituciones tan grandiosas como los «ejercicios espirituales» invencion del patriarca de los jesuitas.

Solo en la cristiandad católica se encuentra

ese otro fenómeno que hubiera arrancado aplausos de admiracion y de sorpresa á Ciceron, á Platon y á Sócrates  un libro ascético  en que se dan las reglas de la perfeccion interior, como darse reglas para mejorar la salud del cuerpo, ó de urbanidad civil.

Un libro como  *El Ejercicio de perfeccion, ó La introduccion á la vida devota*  es una novedad más notable que el famoso tratado de las categorías de Aristóteles ó la aplicacion del Algebra á la Geometría, de Descártes. La teología mística es una ciencia que honra á la humanidad y que prueba la elevacion del sér humano; pues bien; esta honra se debe exclusivamente á la religion católica. Tal es el sello de santidad que nuestra religion ha impreso en las obras piadosas del espíritu humano.

Véamos ahora cuál es lo nuevo que ofrece la santidad de los santos católicos.

Primeramente: los que en nuestra religion aspiran al heroismo del bien ó de la virtud, saben que tres enemigos formidables tiene contra sí el justo, á saber: la concupiscencia de la carne, la tiranía de la vanidad, las ilusiones del amor propio. Esos enemigos los combate á muerte el aspirante de la santidad con una triple profesion: profesion del celibato para alejarse de to-



do aliciente de placer, profesion de pobreza para no luchar más con los peligros del dinero, profesion de obediencia para no confiar más en el dictámen, siempre sospechoso, del amor propio. ¡Qué filosofía! Hé aquí la virtud entre los católicos, emprendida con todos los auspicios de la prudencia, de la sabiduría y de la abnegación, como entre los antiguos paganos se emprendía la ciencia filosófica. Después de esto ¿es extraño el registrar un catálogo tan numeroso de hombres celestiales que vivieron vida de ángeles en la tierra, y admirará oír hablar de milagros que obraron, y se sorprenderá uno de ver un tribunal en Roma para los casos diarios de milagros y de canonizaciones?

Pero lo que distingue mucho á los santos católicos es ese afecto desconocido, áun en la idea de toda religion que no es cristiana, y desconocido, en los hechos, áun entre nuestros hermanos los de las sectas protestantes. Los paganos no conocieron esta locucion «amor de Dios» como se usa entre los cristianos; los protestantes y los demás disidentes no la conocen como se usa entre los católicos.

Entre nosotros, decir, «este hombre está lleno de amor de Dios,» es decir: «este hombre está enamorado de la verdad celeste y del bien infi-

nito,» «este hombre llora de amor á la Divinidad, como una jóven tierna puede llorar por el hombre su amado;» es tanto como decir «este hombre va al Japon ó á la Cochinchina á buscar cómo le quiten la vida para probar que muere por su Dios; es tanto como decir, «este hombre va á encerrarse para siempre entre los enfermos, los encarcelados ó los salvajes, dejando todos los otros amores y afectos, solo por amor á su Dios.» Esto es lo que se llama entre los católicos «amor de Dios.»

Antes del cristianismo, solo la Sinagoga pudo tener idea de esta pasion una y mil veces venturosa; pero áun entre ese pueblo el nombre era desconocido; se conocía por todos sus creyentes «el temor de Dios,» y no «el amor de Dios;» Dios era un Señor excelente, pero áun no se le decía «Padre mio» ni ménos «esposo de mi alma.» El amor afectuoso de los Salmos y las bodas místicas de los Cantares de Salomon, quedaron siempre fuera del alcance del pueblo en la Sinagoga.

Pero entre nosotros ¡cuán amada es la amable Divinidad! Faltan palabras para enunciar todo el amor que arde en los corazones de multitud de justos que viven entre los sabios y los ignorantes, los ricos y los pobres, en el senado

y en el foro, en la ciudad y en el campo, en el mar y en la tierra, en los festines y en las cárceles; y si la impiedad tuviera templos, podríamos llevar con Tertuliano la semejanza, hasta decir, *«sola relinquimus templum.»*

Entre los católicos, abundan las frases como abundan los libros cuyo asunto constante y siempre nuevo es el amor á Dios, Dios hecho hombre, Cristo crucificado, Cristo sacramentado. Un niño entre los católicos estrena en su Dios el lenguaje de los amores, ¡qué práctica tan magnífica! y ¡cuán pobre encuentra después el emplear frases y afectos, cuyo objeto era Cristo sacramentado, en un objeto tan pequeño como es el amor de la criatura!

Cuantas palabras, locuciones y frases puede emplear el amor profano en la expresion de sus afectos, están agotadas en el lenguaje místico del amor santo entre los católicos: ventura, dicha, delicia, éxtasis, vida de mi alma, sosiego de mi corazón, ¡cuándo será que yo me dé á tí, mi único bien, Cristo mio, fuego que veniste á abrasar la tierra, &c. Es conocido aquel soneto que se disputa si es obra de Francisco Javier ó de Teresa de Jesus, pero que ambos fueron capaces de escribir por ser los dos grandes amadores de Jesus:

No me mueve, mi Dios, para quererte  
El cielo que me tienes prometido, etc.

.....  
Tú me mueves, Señor, muéveme el verte  
Clavado en esa cruz y escarnecido, etc.

No pueden leerse los escritos de San Bernardo, de Ignacio de Loyola, de Francisco de Sales, de Alfonso de Ligorio, sin quedar enamorado de lo que ellos aman, semejante el lector á aquellos confidentes que presto quedan preea del propio afecto que les confían los amantes amigos.

Quando leemos de Ignacio mártir aquellas páginas que no respiran sino los afectos de una alma apasionada del Cristo crucificado, todos, católicos y protestantes, exclamamos al punto, «¡basta, no quiero otra prueba de que la religion de ese hombre es la verdadera!» Pues ¡eal hermanos nuestros, á quienes pervirtieron Lutero y Calvino, ¡ahí tenéis á Javier, á Teresa, á Felipe Neri, á Vasco de Quiroga, á Francisco de Sales, á Alfonso de Ligorio! ¡Oid qué lenguaje! ¡La religion de esos hombres es la verdadera! ¡Hasta cuándo conoceréis el árbol por sus frutos!

No se puede, en las circunstancias  
 de este país, hacer un Concilio  
 ecuménico, porque, aunque el papa  
 manda a los obispos, no se puede  
 reunir a los obispos de todas las  
 partes del mundo, y mucho menos  
 de todas las naciones, para que  
 se reúnan en un solo lugar, y  
 se reúnan en un solo tiempo.  
 Además, el papa no tiene el  
 poder de convocar a los obispos  
 de todas las partes del mundo,  
 y mucho menos de convocarlos  
 en un solo tiempo. Por lo tanto,  
 no se puede hacer un Concilio  
 ecuménico en el mundo actual.  
 El papa no tiene el poder de  
 convocar a los obispos de todas  
 las partes del mundo, y mucho  
 menos de convocarlos en un solo  
 tiempo. Por lo tanto, no se puede  
 hacer un Concilio ecuménico en  
 el mundo actual.

## CAPITULO VIII

*Un Concilio ecuménico.*

Esta religion católica, tan poco estudiada, es  
 como una mina de piedras preciosas; solo falta  
 cavar en ella; sus riquezas no se agotarán.

Han dicho algunos sabios: "ahí ya solo hay  
 tierra;" y esos sabios se engañan, porque no han  
 querido cavar más adentro; y es que tanta opu-  
 lencia nos ha hecho indolentes y descontentadi-  
 zos.

¿Habeis meditado lo que importa el hecho,  
 el fenómeno, de un Concilio ecuménico?

Es este una entidad, una institucion exclusi-  
 va de la Iglesia católica romana, que jamás se

vió ántes de su tiempo, ni en su tiempo fuera de ella.

Bastó una palabra del Evangelio "*en donde están dos ó tres congregados en mi nombre, ahí en medio de ellos estoy yo,*" y el mundo vió con asombro el prodigio de Nicea, el primer Concilio general, y todos los prodigios que despues hemos visto hasta el prodigio del Vaticano.

Piénsese bien lo que es un Concilio general. Reunirse seriamente diputados de muchas naciones, á deliberar lo que se ha de creer acerca de Dios, á tratar cuestiones de alta Teología para que el mundo sepa á qué atenerse, es una novedad sublime que trajo la Iglesia católica.

Ni el paganismo, ni el mahometismo, ni el deísmo, ni el racionalismo concibieron jamás tan sublime proyecto.

Piénsese bien lo que es un Concilio ecuménico. Acudir diputados de naciones *independientes*, y acudir solo por estímulos de conciencia, y reunirse en consejo, y tratar en paz de las cosas de la religion, novedad es esta que los herejes y los protestantes no han logrado imitar.

Nunca podrian estos reunir un concilio de varias naciones *independientes*.

¿Qué hay en ésto?

Preseindamos de la fuerza de Dios; cuando

ménos, hay aquí la fuerza de la convicción, grande presunción de verdad en favor de una Iglesia que fácilmente puede realizar y ha realizado, con todas sus condiciones, aquel problema: un Concilio de *varias naciones independientes*.

Grande tentacion sería para nosotros leer en la historia de las otras religiones el hecho de un concilio que pase de *nacional*.

Los protestantes ¿han tenido esos concilios? No por cierto.

Y aun de sus concilios *nacionales*, lo de Aushburgo y Dordrecht ¿no debe más bien ruborizarlos?

Despues han querido tenerlos; pero ¿lo han conseguido y lo conseguirán?

Tres poderosos reyes, el de Prusia, el de Inglaterra y el de Holanda, han querido reunir en una las tres sectas, anglicana, luterana y calvinista; pero ¿han logrado un concilio siquiera de ministros de esas tres naciones?

Y si á esos regios acuerdos, concilio puede llamarse, ¿podrán esos tres reyes sostener que en ese negocio han sido Constantinos en Nicea y no Constancios en Rímini?

Y esa reunion de las tres sectas ¿ha sido efectiva siquiera un momento?

¿Han admitido los calvinistas la presencia

real eucarística, dogma de los luteranos y anglicanos? Y los luteranos y calvinistas ¿han admitido la *gerarquía eclesiástica*, dogma de los anglicanos?

Nada de eso; ese *acuerdo*, apénas de *tres reyes*, no de *tres naciones*, que han querido imponer la ley á sus súbditos, apénas ha producido una momentánea *yuxtaposicion* por medio de un *nombre comun*; pero de ninguna manera ha producido la *cohesion* por medio de un *credo comun*.

A los paganos lo que les faltaba para un Concilio, era la seriedad del asunto, era la *formulacion* del problema religioso, para que llegasen á *pensar siquiera* en ese concilio.

A los deístas y racionalistas les sucede lo que á los paganos, con el agravante de quedar más atrás que ellos; pues que se contentan con la *religion individual* no fundada ni aun en la Biblia, sino en la inspiracion de la débil razon de cada uno.

Por eso ellos, *de hecho pensado*, ni piensan en un concilio.

A los protestantes y á los cismáticos les falta la subordinacion, les faltaba una cabeza; sus religiones son religiones nacionales y si se quiere individuales.

Uno que se vuelva protestante en México, ¿á dónde irá á concilio?

¿Griegos cismáticos podrá haberlos fuera de Rusia ó de Turquía?

¿A quién, en México ó en Buenos Aires, por ejemplo, le ocurrirá imaginar siquiera el ponerse á vacilar entre irse con el Papa ó irse con el patriarca griego? Para esas, más valdria volverse protestante.

No esperemos, pues, ver esos prodigios de Nicea, de Letran, de Leon, de Constanza, de Florencia, de Trento y del Vaticano, fuera de la Iglesia católica romana.

Y es que ni con protestantes, ni con deístas ni con racionalistas, ni con paganos, está ni ha estado Dios. Porque si ahí Dios estuviera, la paz de Dios haria de todos un solo corazón, y para esto sería preciso que todos obedeciesen á uno, pues que sin este medio se necesitaba uno de los más grandes milagros á fin de que, á pesar de tal falta, se consiguiese la unidad. Porque ¿qué sucedió en Basilea, qué en el concilio-bulo de Efeso, qué en el de Tiro?

Es, pues, una grande presuncion de que está asistida por Dios la Iglesia católica, el hecho de haberse presentado en ella el fenómeno de un Concilio de *varias naciones independientes*; y ma-

yor es la presuncion cuando ese fenómeno, sin haber podido realizarse en ninguna otra sociedad religiosa, muchas veces y muy fácilmente se ha realizado en la Iglesia católica romana.

Por eso, si despues de Constantino (época en que, á decir de los protestantes, degeneró la verdadera Iglesia) se ha logrado reunir grandes Concilios de *varias* naciones *independientes*, sin faltar estos y muy numerosos en la edad media, continuándose en cada siglo hasta Lutero, forzoso es convenir en que Jesucristo ha estado con la Iglesia católica romana.

Nunca el Anticristo (así llamó Lutero al Papa) hubiera podido obtener tan repetidos casos de concordia; porque escribió está: "*en esto conocerán todos que sois mis discípulos, en que os améis mutuamente.*"

Y, nótese: si ese amor de que habla Jesucristo, no alude principalmente á la concordia de la fé y de la obediencia, elemento que es indispensable para reunir un concilio de *varias* naciones *independientes*, ¡á qué ha de referirse, si todos los hombres somos malos; si discordancia en la *caridad* siempre la estaremos viendo; si Papas malos y Obispos malos no ha dejado ni dejará de haber, al ménos en sentir de nuestros enemigos?

Los católicos romanos de todas las partes del mundo han ido á reunirse en concilio, apenas llamados por Pio IX.

Setecientos obispos de todas lenguas y gobiernos, se han sentado en la Basílica de San Pedro de Roma.

¡Que se reunan diputados de los protestantes, siquiera de dos naciones! Siempre lo han querido; nunca lo conseguirán: ¡no está con ellos Jesucristo!

La razon de ese singular fenómeno está en la constitucion divina de la Iglesia católica, que vamos á estudiar en la seccion siguiente.